



Calaveradas

En el libro II de su «Política» nos dice Aristóteles — ¡háy que recurrir a él todavía! — que los pueblos militares y guerreros suelen estar dominados por las mujeres, y que no fraguó mal su fábula el que enlazó a Ares con Afrodita, o sea a Marte con Venus. Y añade que ocurría eso entre los lacedemonios y que allí gobernaban mucho las mujeres. «¿O en qué se diferencia, añade, que manden las mujeres de que los que mandan estén mandados por mujeres? Y esto ocurre.»

No vamos ahora aquí, y para apoyar la opinión del que Santo Tomás de Aquino llamaba, sin más, el Filósofo — el que lo era por excelencia, — a aducir el caso de Sansón y Dalila ni otros por el estilo. Y en todo caso el que un pueblo de guerreros sea gobernado por sus mujeres no nos parece mal si esas mujeres son las madres de familia, son las honradas esposas, son las hijas castas y honestas. Lo malo es cuando un pueblo es manejado por mujerzue'as, por mercenarias del placer carnal. Y esto suele ocurrir. Añadiéndose que esas mercenarias de la lujuria suelen ser ganchos del juego de azar y que la timba va aneja al burdel.

El lector habrá oído lo que se cuenta que dijo una vez el general Prim a otro, extranjero, que le preguntaba qué es lo que hace falta para hacer la guerra de guerrillas, y acaso haya leído también el lector los comentarios de Schopenhauer a la casticísima frase española con que se expresa de dónde le salen al español las voliciones enérgicas... e ¡inteligentes.

Dicen que Schopenhauer nos admiraba, pero hay que ver por qué. Por voluntariosos, es decir, por brutos y no por inteligentes. El pueblo español era para el pesimista tudesco el representante genuino de la voluntad pura y del nirvana también. Como que fué un español, Miguel Molinos, el que mejor formuló la doctrina del quietismo, que es la del triunfo supremo de la voluntad. Y la del suicidio.

«Lo que aquí hace falta es un hombre de... lo del hombre»—se dice. Y no se quiere decir de sesos. Pero a tales hombres les cogen como de bridas de su virilidad y les manejan las mujerzuelas. Y en los descansos esos hombres carneros se entretienen o en andar a topetazos o en jugar. El juego de azar es la ocupación al nivel de la inteligencia — o mejor del instinto — de esos hombres de peso, y no cerebral.

Esos... héroes (!!!) bravíos, primitivos, troglodíticos, que han de salvar a los pueblos, acaban siempre por ser juguetes de la baraja y de las mujerzuelas de

alquiler. Porque esto es lo único que puede satisfacer no ya su inteligencia, sino su falta de ella, el vacío de entendimiento. Las hondas inquietudes espirituales no les sacuden el alma. Jamás se preocuparon ni del destino final del espíritu humano ni de lo que sean y signifiquen la libertad, la verdad y la justicia. Se mueven entre la disciplina — y una disciplina de brutos — y la licencia del libertino.

¡Y lo más terrible es que esos bárbaros, degradados por la timba y el burdel, esclavos de la lascivia y de la pasión del azar, son los que con más grandes voces invocan el orden, la disciplina, el honor y el patriotismo! Hay que oírle al majadero de Don Juan Tenorio, con menos seso que un carnero, invocarlos. Porque Don Juan Tenorio es hombre de orden, partidario de la mano de hierro, celoso del honor y patriota de los del patriotismo de sangre. De los que entienden que dar la vida es perderla. Y de los del «castigo».

Y hay que oír a esos patriotas dominados por sotas de baraja y sotas de burdel, por reyes de cartón pintado y por mancebas de cara pintada, abominar de los que llaman con fingido desdén y efectiva envidia «intelectuales». El «intelectual» es para ellos el enemigo. Le miran a los ojos a descubrir en ellos el desdén y el desprecio. Porque se saben despreciados y sienten oscuramente que con mérito.

Los derrumbes de un pueblo en ciertos momentos de la tragedia de su historia suelen ser debidos al odio a la inteligencia, ese odio que se puso aquí de manifiesto en el verano de 1914 y en adelante. El trogloditismo español, que saltó a más luz entonces y que encontró fórmula más clara en el verano de 1917, no es más que el odio del carnerismo a

la mentalidad. El argumento del carnero es topar y su lema «defenderla y no enmendarla».

Pero ¿y las «espantás» carneriles? ¡Ni las del Gallo! Son el pánico, el terror de Pán, el terror animal, testicular, el terror del que en vez de conceptos luminosos tiene en el oscuro seso visiones de naipes y de carnes mercenarias.

¡Qué profunda significación encierra el doble sentido de la palabra «calavera» en español! El calavera no tiene sesos, como la calavera.

Miguel DE UNAMUNO.

